

Poesía

Juan Guzmán Cruchaga

Sin el menor espíritu pedagógico me resuelvo a escribir “algo” acerca de la poesía; he dicho “sin el menor espíritu pedagógico”, porque creí, creo y seguramente creeré siempre, que nos falta mucho tiempo para aprender, y es lógico que, si disponemos de alguno, lo empleemos en ello antes de pretender enseñar.

Referirse a la “misteriosa” poesía es empresa de peligro que predispone al lector al desagrado o a la protesta, ya que, en todo momento, casi indudablemente, se encontrará en completo desacuerdo con el audaz disertador.

Perdóneseme, por lo tanto, el atrevimiento de esta escritura que no pretende hacer cátedra sino discurrir modestamente sobre la materia.

Verso vivo y verso muerto

Con uno de nuestros mejores poetas nos preguntábamos un día: ¿Por qué, a veces, una descuidada obra poética, de pobre arquitectura y casi de ínfima técnica, consigue transmitir emoción y belleza, y, por el contrario, cuál podría ser la razón del fracaso de un poema aparentemente impecable de factura? Agotada una larga investigación, llegamos por fin a la siguiente, probable y cómoda conclusión, que nos pareció, si no satisfactoria, por lo menos medianamente apreciable: bien o mal construido, nuevo o viejo, clá-

sico o modernísimo, “a la moda o no a la moda”, como se dice corrientemente en Francia, tiene el poema que alcanzar “vida”; si no la alcanza, está perdido. De nada le vale su originalidad o su muy noble aspiración de cualquiera índole; es un verso muerto, sobrante, inútil. Tal vez con un ejemplo palpable consigamos dar un poco de relieve a nuestra opinión: ¿Por qué viven en la memoria de la gente las “Rimas”, de Gustavo Adolfo Bécquer?, ¿por su originalidad?, ¿por la riqueza de sus metáforas?, ¿por su naturalidad? No decimos que todas nos parecen eternas, ya que algunas de ellas han sido justamente olvidadas, como la ingenua:

*“Los suspiros son aire y van al aire,
las lágrimas son agua y van al mar.
Dime, mujer, cuando el amor se olvida
¿sabes tú a dónde va?”*

Sin embargo, la gran mayoría de las rimas viven, están vivas, y vivirán siempre por su honradez, por su dolor que, a pesar de su indudable pobreza de expresión, con sus trasposiciones, perdonables en esa época, y sus lamentables lugares comunes, consiguen transmitirnos plenamente su emoción, como un rostro, descompuesto por la angustia y el llanto, la transmite a quien lo contempla.

“*Suspirillos germánicos*” las llamaba despectivamente Núñez de Arce. No obs-

tante, los “suspirillos” alcanzaron eternidad, y las sonoridades vacías del autor del “Vértigo” desaparecieron poco después de nacer.

Natural disposición o tendencia humana es la de querer o amar la belleza; este hecho indiscutible debe servirnos para valorar la verdadera poesía. Infantil, ingenuo, inhábil, es equivocarse juzgándola influenciados por la propaganda, temible fuerza que sólo puede sugestionar a las masas incultas. Debemos apreciar su belleza cuando nos conquista, cuando nos invade, cuando llegamos a considerarla indispensable, cuando de veras nos hace falta y recurrimos a ella como a un consuelo o una gracia o una compensación o razón de la vida.

Quiero terminar estas palabras con una sincera confesión. Insisto, antes de hacerlo, en que no pretendo ni he pretendido nunca hacer escuela. En algunos poetas me maravilla el ingenio, la gracia, el “ángel”, la prodigiosa factura, la inteligencia. Me entretienen, me distraen, me refrescan y alegran el ánimo, pero yo sólo admiro fervorosamente la poesía que me enamora, la que conquista mi cariño para siempre.

En prueba de lo que acabo de expresar, debo decir que sé de memoria, sin haber intentado jamás aprenderlos —el amor ha hecho el milagro— muchos poemas queridos —algunos escritos por poetas que nadie conoce— y que me siento profundamente desgraciado si, al olvidarlos, no puedo entre mis libros encontrarlos, para releerlos y saborearlos de nuevo.

Ese es para mí el verdadero triunfo del poeta: que el verso quede en el cariño de alguien. No creo en la frase de Verlaine: “La gloire. . .” La gloria es algo más y es algo menos.

Y tratamos ahora de contestar la más ardua pregunta: “¿Por qué y para qué se escribe?”

Porque un permanente y vivo deseo y un ansia inextinguible, que nacieron con nosotros, nos mueven a contar y a cantar los grandes momentos, emociones, sentimientos o ideas que nos parecen eternos, y esperamos decir en voz propia y apropiada, la difícil verdad de nuestro espíritu, decir bien, bien decir, a costa de todos los sacrificios y de todas las luchas y las incomprensiones, lo que casi todo ser inteligente y sensible, aunque inexpresivo, dice mal.

Vender el alma al Diablo

A riesgo de perder el afecto de algunos, muy pocos, grandes poetas, a quienes, no por su “compromiso”, admiro de veras, debo también confesar que no creo en la poesía prisionera. Afirma por ahí un escritor que, prueba evidente de la máxima libertad del poeta consiste en que puede hacerlo todo, y que el elegir a voluntad la esclavitud, es la más clara señal de su libertad. Nos parece su opinión harto disparatada y contradictoria.

Para mí comprometer la poesía es vender el alma al Diablo. Además, en lo más íntimo, pienso que un alma que se vende no tiene ninguna importancia, y me extraña por eso, muchísimo, que el Diablo se arriesgue a comprarla.

Escribió en cierta ocasión Alfonsina Storni, al comentar ciertos poemas: “Amo su poesía que está, más que en ellas, detrás de las frases”. Recordándola con cariño, creo que tenía razón. La poesía verdadera debe ir, como la mejor música, más allá de las palabras.